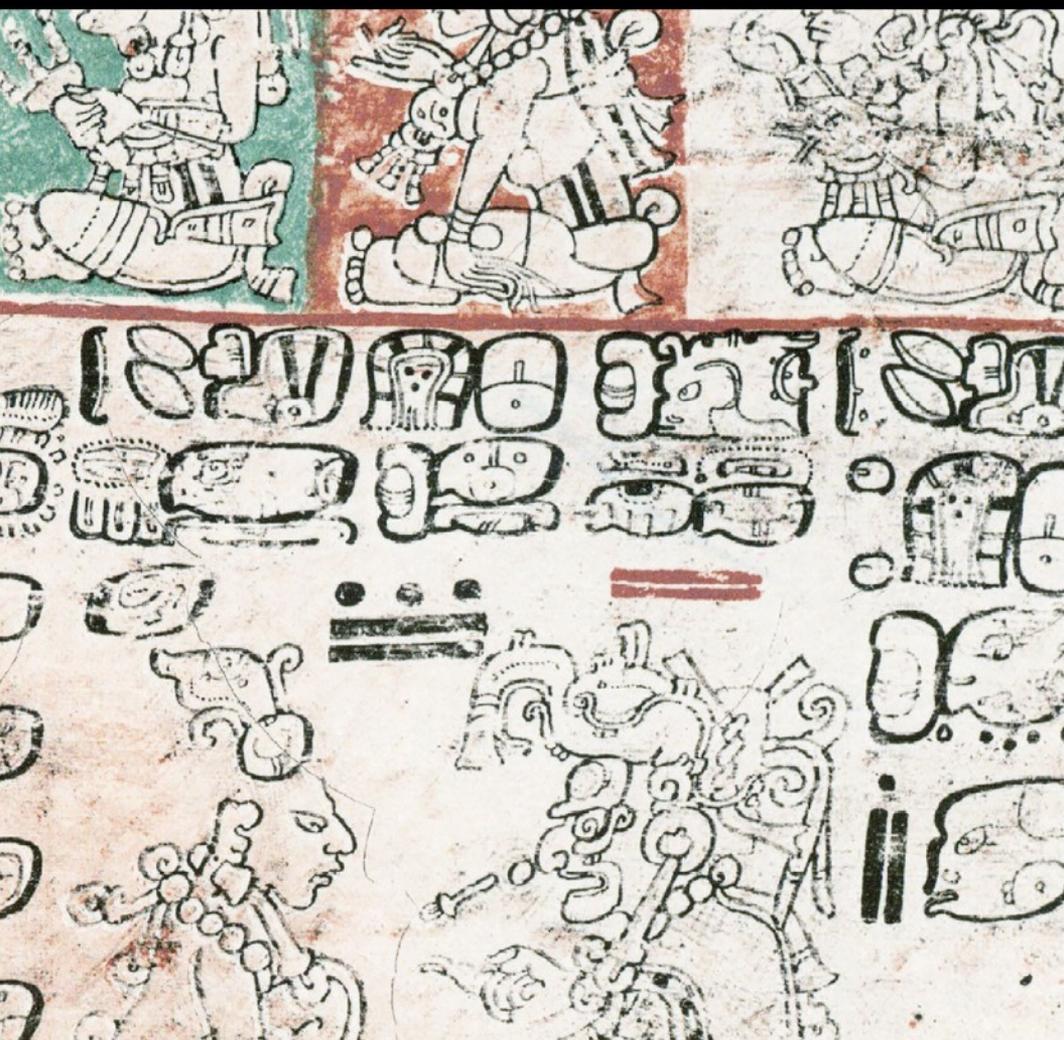




TIEMPO DE RESTITUCIÓN

[José Louis Iparraguirre]



Tiempo de restitución

José Louis Iparraguirre

Primera edición: agosto de 2023

© Copyright de la obra: José Louis Iparraguirre

© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions

Código ISBN: 978-84-127155-7-6

Código ISBN digital: 978-84-127155-8-3

Depósito legal: B 13180-2023

Corrección: Teresa Ponce

Diseño y maquetación: Cristina Lamata

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

©Angels Fortune Editions www.angelsfortunedititions.com

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright. «Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

A Lili,

a quien le debo el título de la novela y tanto tanto más

... quitquique yn tlamatiliztli, mochi quitquique

(... transmiten sabiduría, lo transmiten todo)

Códice Florentino, siglo XVI

... wir müssen alles wissen

(... debemos saberlo todo)

Erich Mielke, director de la Stasi, 1975

PRÓLOGO

Desconozco si todos los visitantes al Gran Museo del Mundo Maya, en Mérida, península de Yucatán, en los Estados Unidos Mexicanos, salen siendo repositorios de esta misma historia que empezaré a contar o si yo he sido el único elegido para escucharla. Tal vez, cada una de las veinte mil personas que, en promedio, ingresan al museo cada mes la oyen distraídamente, como si escucharan llover, cantar a un vecino mientras se ducha en uno de esos pisos nuevos a través de esas paredes tan delgadas que parecen de papel parafinado, o llorar a un bebé recién nacido al que una mujer sola ha dejado abandonado en una caja de latas de durazno en las puertas de una iglesia, con la esperanza de que alguien fuera a escuchar ese llanto tan parecido al de cuando se nos escurre de las manos nuestra única soga de salvación deshilachada. O puede que la escuchen, pero que no sean lo suficientemente receptivas al relato o —lo que es más improbable— que no sientan la necesidad de transcribir lo que les han dicho. No sé. Solamente sé que aquella tarde de marzo de 2018 primero escuché un chistido en esa sala repleta de maquetas, dioramas, paneles y proyecciones multimedia.

El día anterior, también había escuchado un chistido, el terso pero breve chistido de las ruedas en la pista que había

marcado mi llegada. Era el chistido culminante de un viaje placentero a través del Atlántico, el preanuncio de que el periplo iniciático por las costas del Caribe seguiría el guion de mis sueños más voluntariosos.

Pero el chistido en esa sala del museo era distinto. Aunque podía jurar que había provenido de una de las vitrinas, deseché tal eventualidad en aras de mi salud mental, ya que estoy convencido de que siempre conviene barajar conjeturas alternativas ante cualquier evidencia, siquiera tenue, de que se va por mal camino. Con lo que de inmediato pensé que había apoyado sin querer el aparato de la audioguía sobre mi oreja, a sabiendas de que los hay tan susceptibles que, ante el menor roce, saltan como saltaron del brasero para el dios del maíz los cañonazos con los que Porfirio Díaz acabó con los rebeldes en Chan Santa Cruz.

Alejé la audioguía del costado de mi rostro para cerciorarme de que el número en el que estaba era el correcto. En el instante mismo en que miré el visor y vi el número 100, el que da la bienvenida a los visitantes, volví a escuchar el mismo ruido, un ruido tentativo y solapado, como furtivo, como de alguien que no quisiera hacerse notar. Esta vez identifiqué de dónde provenía: de una vitrina muy bien iluminada en el centro del salón, de la cual —por su ubicación— deduje que contendría uno de los objetos más valiosos de la sala y quizá de todo el museo. Dentro de ella, había un libro. Un libro abierto. Nada más.

Era absurdo buscar alguna clave, una respuesta, un parlante que lo explicara todo. Una cámara de vigilancia. Una falsa puerta. Un espejo que ocultara una artimaña. «Absurdo y de cobardes», concluí, y me sentí valiente. Afirmé, para mí mismo: «Si es un hechizo, si es que estoy soñando, si es una burla urdida por un malévolo hacedor de engaños, si es que ya estoy muerto, aquí estoy».

Cualquiera juega el juego que prefiere. Pero lo importante es jugar el que se nos presenta. Pensé en los ojos de ese niño hambriento, entrenadamente hambriento, a quien cada mañana traen en un coche utilitario muy moderno a la estación de tren que hay cerca de mi casa, puntualmente a las seis menos cuarto. El niño se baja del vehículo, se ubica en el pasillo subterráneo de acceso a los andenes, siempre sobre las mismas baldosas, y se sienta encima de unas mantas que despliega pegadas a la pared, debajo de un cartel publicitario. Coloca una piedra en el suelo contra la que apoya un cartelito de cartón y espera a que pasemos los usuarios. Cada vez que voy a mi trabajo, apenas bajo los primero cuatro escalones, lo veo a la distancia. Su pose es siempre la misma, con la espalda apenas encorvada y un acordeón groseramente enorme sobre sus piernitas dobladas, del que suenan los primeros compases mal tocados de *Bajo los puentes de París* —siempre esos compases y siempre mal tocados; la perfección no solamente es cuestión de práctica—. No creo ser el único de los pasajeros que intuye el engaño de esa mano

extendida entre puentes parisinos y apoyada en un perro que permanece siempre sospechosamente dormido a su lado a pesar de la muchedumbre de pasos que van y vienen. Algunas personas se detienen y le dan una moneda. Confían voluntariosamente en que el espectáculo que los recibe cada mañana no es una puesta en escena, un golpe bajo escrito, diseñado y producido para generarles culpas sociales ajenas y remotas que por suerte el tintinar lastimoso de unas monedas puede alivianar, para así ayudarse a hacer el esfuerzo de convencerse de que no todo está perdido.

Con la misma actitud de estas gentes que van rumbo a los vagones del ferrocarril aferrándose a su única tabla disponible en el mar de las inmundicias, a la única fuente a flote de una esperanza quebradiza y astillada como la salvación misma, y deciden aceptar la mentira de que es verdad que esa mano y ese perro matutinos sí pasan hambre y frío y que no son parte de un ardid para atrapar a transeúntes incautos con unos acordes pobres y un par de rostros ahogados, me dispuse a creerle al libro que me llamaba desde la vitrina.

Me quedé parado a su lado, dispuesto a aceptar que estaba enloqueciendo, pero no sin antes encender el grabador de audio de mi teléfono móvil, pues, si algo ahí encerrado iba a dirigirme la palabra, no iba a no dejar su mensaje registrado. Ni bien presioné el botón de encendido, la voz dentro de la vitrina,

como si hubiera estado esperando ese gesto tecnológico, me dijo...

CAPÍTULO 1

Chichen Itzá, península de Yucatán, circa 1200 A. D.

Yo era de lo peor... Hay casos graves, escandalosos y ruines que suscitan cortes de calle y la aparición de carteles espontáneos ante las cámaras de televisión exigiendo la expulsión de todos los indeseables de nuestras costas, y de oyentes que llaman a las radios tras horas de intentarlo, porque las líneas se atiborran y saturan, hasta lograr salir al aire exaltando las virtudes de las nobles tareas de limpieza epidérmica de la sociedad y alegando en contra de las medidas permisivas al efecto. Convengamos que esos casos —por dar un ejemplo al azar, el de ese muchacho que estranguló a su madre porque no quedaba más torta en una lata, la serruchó en pedacitos que guardó en el frigorífico integrable americano de dos puertas (dicen que son los mejores para estos menesteres), en bolsitas de plástico con cierre hermético para que no se echaran a perder, pues no iba a comérsela toda de una sentada, claro, no fuera a ser que la comilona le produjera un empacho de estómago— son malos de verdad, sí, pero no de lo peor.

Un problema de carácter meramente técnico —pero no por ello secundario, desde ya— que enfrentan aquellos que se sienten ofendidos e indignados por casos como el mío es que no

hay lugar donde podamos ser enviados de regreso por más voladoras y certeras que sean las patadas que se nos propinen, ya que somos frutos de la misma tierra que hemos mancillado. Es por eso que ni Nerón —que al fin y al cabo mandó asesinar a su madre por amor a Popea—, ni Ptolomeo X —de cuya madre, Cleopatra III, no puede decirse que no se lo buscó—, ni el hermano del duque de Ling —aunque valga aclarar que varios en esa familia sí que tenían problemas—, ni ninguno de sus muchos émulos, si bien son por cierto detestables, caen en mi categoría.

Los peores no son siquiera esa subclase de vástagos importados, recibidos, adoptados, mimados, criados y educados en una tierra ajena como si fueran hijos pródigos y que, de buenas a primeras, un día queman la bandera de sus anfitriones, destrozan algún que otro edificio o acuchillan a cinco transeúntes. Es cierto que ante estas manifestaciones de malquerencia sobrevienen la indignación generalizada y las opiniones de expertos y las comisiones gubernamentales y los debates parlamentarios y las reuniones cumbres. Es cierto que parece que nunca la onda de repudio se expande más lejos que cuando se conoce que la bomba que hizo estallar al vehículo estacionado frente a la tienda de productos para bebés había sido plantada por uno de aquellos otrora rostros angelicales, todo inocencia, que habían obtenido refugio de la persecución política o racial o religiosa o todo junto que sus progenitores sufrían en su país de origen hacía alrededor de veinte años. Y es cierto que entonces lo

que estalla con mayor estridencia que esa explosión (quince fallecidos, incluidos seis bebés, y cuarenta y cinco heridos graves, doce en estado crítico) son las voces de quienes denuncian y manifiestan y protestan hasta la afonía o los palos en contra de las políticas que les dieron entrada a esos advenedizos que pululan por las calles, voces que exigen que se los mande cuanto antes a patadas de regreso a donde sea que fueron malparidos, con la comodidad argumental de que en estos casos sí se puede ubicar el lugar exacto de esa tierra condenada en cualquier mapa.

Pero no. Ni siquiera estos son de lo peor. Los hay peores. Yo, por ejemplo.

En sí, nunca sabré si fue un tucán, con esos picos estúpidos y deformes, o un mono araña, fiero y de color café rojizo, quien una mañana lluviosa digirió unas pocas semillas de esas con las que, con espíritu maternal, una higuera que vivía algo alejada de los demás árboles soñaba algún día crear progenie en ese bosque tropical de la tierra caliente y llana del Yucatán. Lo que sí sé es que quien fuere que haya sido me depuso en lo más alto de la canopia de una palma, en una rama húmeda, receptiva y hospitalaria, con una excreción que dio a mi vida un comienzo nada auspicioso.

Sus peciolos se veían tan inocentes como el vientre de una adolescente. En uno de ellos germiné. Luego, empecé a descender lentamente por el tronco de mi madre adoptiva y a cubrirla y a abrazarla como se espera de todo crío agradecido que se precie. La acariciaba con decenas de raíces que habían brotado libres,

exteriores filamentos expuestos al viento y a la lluvia de selva, y que crecían saludables como venas voladoras, varices voraces, víboras verdosas. Con ellas, finalmente cubrí a mi madre superiora y protectora, la abarqué con mis extremidades descendientes y, mientras mi hospedera sentía lo que interpretaba que eran las caricias torpes y graciosas de una recién nacida que no sabe todavía coordinar sus movimientos, la estrangulé y la sequé hasta matarla.

Luego eché raíces y tomé, triunfalmente, el lugar que me correspondía entre las plantas.

Esa era yo, de lo peor. Era una higuera parda. Los que confunden los géneros me llamaban higuerón o higuera macho. Algunos me llamaban xalama limón, nunca supe bien por qué. Pero era más conocida como matapalo, el estigma que acompaña a quienes acabamos con nuestras madres adoptivas y derramamos la savia de la higuera que nos acogiera sin que tuviera con nosotros un lazo de sangre obligatorio. Sin embargo, el epíteto me era indiferente. Yo vivía alegre, prodigándome en siconos rollizos y hojas anchas y obovadas de color verde oscuro a orillas del espejo de agua sagrado. Porque allí estaba yo, allí me había depositado alguna de las bestias de los llanos: junto al cenote de los sacrificios y las procesiones, junto al cenote del lecho cubierto de piezas de jade, oro y cobre, de vasijas y platos de cerámica, y de seres humanos ofrecidos a dioses insaciables.

Si bien no compartía los mismos sueños de preservación de mi especie con la higuera de donde había partido, desde mi adolescencia, cada tanto tenía que soportar que tucanes y monos araña —y, peor aún, algún que otro murciélago repelente— me mordieran los frutos incipientes o me los arrancaran impunemente de cuajo. Pero ninguna de esas alimañas puede decir que alguna vez me haya quejado al sentir que penetraban en mis carnes y mis jugos. Es que ya entonces reconocía que estos picotazos y tarascones eran poco escarmiento para mi crimen. Y eso que por entonces no me había confesado. Sin embargo, la época de afianzamiento y alivio por un castigo merecido pero, en el fondo, liviano, no duró mucho en ese suelo fértil y calizo.

La ciudad desbordaba de joyas y discos de oro, bronce y jade, y de columnas y esculturas. Más de cincuenta mil personas la habitaban. Para cuando yo me asomaba a mis primeros años de la adolescencia, ya se habían desembarazado del culto al líder con su listón de gobierno aglutinante entre las manos, ese líder de estirpe divina, guerrero y sacerdote y comerciante en quien habíamos confiado y temido en partes iguales. Para cuando las primeras brevas en mis ramas empezaban a henchirse de jugos lechosos como decenas de senos carnosos que se asomaban curiosos por oler mis flores, en la ciudad las decisiones se tomaban en conjunto, al interior de un consejo de nobles. Los mensajes, las historias, los cálculos, la cosmogonía se registraban en linteles, columnas y escaleras, en marcos de puertas, lápidas y

cipos, en altares, bancos y paneles, en aretes, conchas, huesos y vasijas. Y especialmente en largas tiras de papel doblado como un biombo en hojas del tamaño de dos manos unidas en atril. Y para esto, necesitaban de matapalos como yo.

Corría el año 1083, tres años exactos luego de mi crimen. Caía la tarde y con ella se apagaba el agobio de otro día sofocante; una tarde como tantas otras. Los vi venir de los manglares, detrás de una nube de mosquitos que apareció tras una fuerte lluvia. Lucían solamente lienzos triangulares que les cubrían los genitales y que sostenían por un simple nudo en la cintura. Hombres deformes, con cráneos que parecía que se los hubieran aplastado al nacer (y así había sido). La presencia de humanos siempre me intranquilizaba, mucho más que la de los tucanes, los monos araña y hasta los murciélagos.

Como cualquier ficus, yo sabía que las más añosas de nuestras ramas —sirenas silenciosas del mar verde de la selva— incitan a ciertos hombres, como a este que se estaba acercando, a colgar sus vidas al viento hasta que, alertados por el olor que se mecerá rancio de la soga, otros hombres llegarán y los bajarán cuando sea tarde, mucho más tarde que las moscas grávidas que hará días habrán llegado y que para entonces estarán lamiendo los orificios naturales de nuestras presas y desovando en sus secreciones.

Como cualquier ficus, yo sabía que en India, el emperador Ashoka el Grande había mandado cortar una rama de la higuera

de Bodhi y plantarla en una vasija de oro, porque bajo ese árbol el Buda había alcanzado las cuatro verdades y con ellas, la iluminación. Pero también estaba al tanto de que la última de sus consortes, Tishyaraksha, celosa de ese vástago, ordenó que se destruyera el árbol con espinas empapadas en veneno.

Como cualquier ficus, yo sabía que los faraones del antiguo Egipto esperaban encontrar, al morir, la higuera del desierto de cuyo follaje encantado brotaría la diosa Hathor para llevarlos y recibirlos en el paraíso, donde encontrarían sustento por toda la eternidad. Aunque asimismo había escuchado hablar de Yaramayhawho, el hombre-sapo colorado que en Australia brincaba de una higuera sobre los viajeros y les chupaba la sangre con las cuatro ventosas de sus patas, los fagocitaba y, luego de la siesta, los regurgitaba devolviéndolos a la vida disminuidos en tamaño.

Como cualquier ficus, yo sabía que uno de los reyes de Judá se estaba muriendo de furúnculos hasta que le aplicaron un ungüento de higos. Pero también que un predicador itinerante había maldecido a una de las mías que estaba, pobrecita, seca.

Como cualquier ficus, yo sabía que en las montañas andinas del Cuzco, cuando Yanawanga venció a Chaparioc y le dio muerte, cogió una mata de higo como trofeo de la batalla y lo plantó triunfal en la cumbre más alta como un estandarte. Pero que también se nos acusa de apoderarnos de los niños que no han

sido bautizados y de robarles las sombras a los hombres, como si fuéramos duendes maléficos.

Como cualquier ficus, yo sabía que a los correveidiles de la antigua Grecia no era que los llamaran sicofantes porque denunciaban a aquellos que exportaban frutas de modo ilegal, sino que el término oprobioso de exhibidores de higos recaía sobre ellos porque acusaban en falso para cobrarse cuentas particulares pendientes. Y si bien es cierto que el cepillo de dientes descartado por Kabir germinó en un ficus gigante cuya copa se extendía por hectáreas, también lo es que otro árbol brotó de los huesos rotos de dos adúlteros que fueron encontrados in fraganti consumando el delito del amor prohibido por el amante traicionado que los arrojó desde el techo de su casa.

Como cualquier ficus, yo sabía que la higa es el gesto grosero y ofensivo del dedo medio, el impúdico, porque ya entre los antiguos griegos se nos asociaba con los genitales femeninos.

Y por supuesto me reía por lo bajo de aquellos que discutían si Chong Zhen, el último de los Ming, se colgó de un jujube, de una acacia de China o de una sófora, ya que, como cualquier ficus, sabía que lo que esperaba pacientemente en la cima de la Colina del Carbón para sostener su cuerpo y el de la emperatriz era una higuera de ramas gruesas y robustas.

Por eso no me agradaban las miradas de los hombres. Desconfiaba más aún de las de estos, que habían surgido de la

oscuridad a mis espaldas, con sus miradas completamente bizcas, como si por largas temporadas les hubieran colgado del pelo un objeto frente a la nariz para desviarles artificialmente los ojos (y así había sido). No traían buen augurio. Tampoco la forma de sus cráneos. Ni bien nacían, les achataban la cabeza con dos tablas que les ataban, una en la nuca y otra en la frente. A los pocos días, la trepanación había alcanzado su objetivo: asegurarle a ese ser humano la belleza por el resto de su vida.

Así lucen —tatuados y pintarrajeados, deformes de cráneo y con los iris torcidos, portadores de todas las señas de la hermosura que sus cirujanos plásticos habían logrado generar— estos mayas que surgen de entre los árboles y matorrales en busca de una planta especialmente venerada, de una planta entre todas en la selva. Vienen en busca de una higuera.

Todavía no es de noche cuando se apoyan en un tronco, doblan algunas de sus ramas, y siguen de largo. Van en busca de otra higuera. Se acercan y llegan hasta un árbol poderoso y bello que yo había visto crecer y a quien quería. Comen algunos de sus frutos. Evalúan, dudan, y lo dejan. Pasan por una y otra de las de mi especie. Las miran y descartan, apurados. Se les nota brotar por la comisura de sus labios la lascivia propia que acompaña a algunas de las más empalagosas y horrendas de las premeditaciones. Hasta que me ven y se detienen. Me rodean. Me miden. Deliberan. Se consultan. Se deciden. Y me amputan mi

rama más gruesa y más frondosa con la hoja precisa y temeraria de un machete.

Los trabajos académicos sobre violencia psicológica distinguen el presenciar torturas como una categoría aparte de entre las muchas otras formas que el ingenio humano ha logrado pergeñar en su afán de destruir a otros seres humanos. Constituye una experiencia traumática en exceso, desde ya, acentuada en su efecto cuando se trata de una víctima conocida, especialmente de un familiar cercano. Pero los expertos no han contemplado el procedimiento todavía más siniestro y efectivo que consiste en obligar a ver con nuestros propios ojos cómo los torturadores se ensañan y se regodean con una parte de nosotros mismos que ha sido talada instantes antes.

Tras cercenarme de mi madre no me retiraron, no me llevaron a otro sitio. Esperaban, tal vez, ver si de ella surgía una risa sardónica como la de las víctimas que en Cartago morían en las llamas a los pies de la estatua de Cronos. ¿Qué mueca habrá brotado de mi higuera cuando estos brutos deformados, ignorando el dolor agonizante que le habían provocado, me tendieron en el suelo —a mí, a la sangre de su sangre— delante de ella, y la obligaron a ser testigo de cuando me abrieron en canal y me despellejaron, lenta y concienzudamente, la corteza?

¿Habrá logrado ocultarles el espectáculo a sus capullos, tan niños y por ende impresionables?

Tras ello, en un hato me retorcieron y enrollaron. Luego ataron lo que aún quedaba de mí a una piedra enorme. Los veía hacer, sin entender, indefensa, entregada. Me arrojaron sin miramientos, como a un trapo sucio y moqueado, a las mismas aguas de las que, desde que era una incipiente protuberancia apenas asomada del tronco, soñaba un día poder beber —un deseo que a medida que crecía me había hecho inclinar más y más cerca hacia su frescura—. Y ahora me hallaba sumergida en su lecho fangoso. Allí pensaba que, tal como los de tantas vírgenes ofrendadas, mis huesos pasarían al más allá; aunque también pensaba que me habían exceptuado de la ceremonia demandada por el dios de la lluvia que habitaba en esas aguas, con lo que no estaba segura de si resucitaría algún día como ellas.

Pasaron varios días hasta que me extrajeron. Imaginé que habían terminado mis padecimientos, pero fue un fruto de mi ingenuidad. Las bestias empezaron a rasparme sin clemencia. Me sacaron hasta la última gota de floema secundario con una especie de cepillo de piedra. Buscaban la savia blanquecina que había brotado en las aguas a través de las laceraciones que me habían provocado y que con los días se había coagulado en una masa viscosa, pegajosa, aglutinada. Querían los nutrientes de mi sangre lechosa, que, en medio del tormento, recordé no solamente las higueras entregamos a los humanos. A los hules les

punzan el tronco con cuchillos de piedra para drenarles el látex que guardan en sus entrañas. Una vez extirpado este semen vegetal, lo mezclan con las lágrimas de dolor que corren de las damas de noche al serles macerados cada uno de sus pétalos. Toda esa aberración a la que someten a los hules les sirve a esos mismos hombres que se estaban regodeando con mi humanidad para fabricar unas pelotas con las que se divierten en un juego infame y brutal.

Me dejaron a la intemperie, en un claro, alejada o alejado —no podía reconocer más quién ni qué era— de las sombras de mi higuera, que aún sufría chorreante del desgarró, para que me asara al sol recalcitrante. Pasaron otra tanda larga de días hasta que me recogieron. Unos hombres me llevaron, hecha una piltrafa calcinada, al interior de lo que todos en la selva presumíamos que era un centro de torturas. Y estábamos en lo cierto.

Apenas me ingresaron en ese recinto siniestro, me entregaron a las manos de un grupo de mujeres. No por verlas me calmé. Algunas tenían sus torsos descubiertos y lucían cortes lisos que les bajaban de la cintura hasta las pantorrillas, sostenidos por fajas sin dibujos. Otras estaban cubiertas de huipiles largos formados por dos lienzos protegidos por delante por un delantal blanco. Pero no fue tanto su indumentaria lo que me impidió sosegar me como sus rostros ceremoniosos, transmisores indubitables del recelo propio de quien entiende su trabajo como un designio o un mandato.

Entre los mayas, las mujeres criaban palomas, cuatíes y ciervos; molían el maíz, y les otorgaban a los hombres gobernantes el derecho de ejercer su autoridad: sin la sanción de las mujeres, no había líderes. Pero también trabajaban el algodón, desmontando las fibras, cepillándolas y tiñéndolas de blanco con palo de Campeche, antes de entrecruzarlas en unas barras de madera sostenidas por la cintura con las que urdían los atavíos necesarios para las ceremonias.

Sin la labor de las mujeres, los dioses no se apaciguaban. Y eran mujeres profundas, mujeres avezadas en convertir las vísceras de los árboles en pelos delgados y seborreicos, las que me empaparon nuevamente de arriba abajo, tal vez para despertarme. Temía que buscaran reanimarme para que sintiera los tormentos que todavía me esperaban, o que la mojadura fuera parte de un plan precisamente diseñado de cambios regulares y forzados en mis patrones de sueño para transformarme en carne blanda de un futuro interrogatorio. Yo estaba chorreando a pleno cuando me colocaron sobre un inmenso tronco y me apalearon ferozmente con una maza de piedra con mango de madera. Esa maza tenía, sin dudas para provocarme todavía mayor daño, nueve estrías en una de las caras de su cabeza, en la cara demoledora que veía venir hacia mi cuerpo una y otra vez. Y en ella, en esa cara, como un oráculo acanalado y asesino, veía reflejado mi futuro, un futuro aplastado y aplastante. Las ranuras me penetraban, desgarrándome una a una las fibras más íntimas

con cada golpe. Tardé poco en darme cuenta de que eso es lo que buscaban: dejarme hecha un manojo de cabellos bien delgados, del grosor apenas de las sonrisas de los pobres.

Ya me habían transformado en millares de hilos, pero las mujeres no se detuvieron. Me volvieron a aporrear por horas, esta vez con algo perfectamente liso, pero igualmente contundente, turnándose para zurrarme y así recobrar las fuerzas y el aliento, hasta que me dejaron tirada en una sala enorme sin ventanas, hecha una masa lisa e informe. Aquella rama robusta y fructífera volcada hacia las aguas verdosas del pozo de los sacrificios que había sido era ahora una lámina plegable y dócil, un excelente insumo productivo.

Y entonces me di cuenta. «Están por convertirme en un papel», pensé. Trataba de inventarme interrogantes sin respuestas como un prisionero que se recompone de la más reciente de las muchas sesiones de carnicería. ¿Seré una tapa y vestiré a gentes pobres? ¿Recogeré la sangre que el rey derrame en el rito divino y me quemará luego, elevándome a los dioses? ¿Envolveré un bulto funerario en un ajuar? Hasta que en medio de ese devaneo perdí el conocimiento. Lejos estaba de saber que me habían destinado para lo más excelso, perdurable y poderoso. Y, por ende, peligroso. Iba a ser un libro.

Al volver a mí, noté que me habían estirado al máximo posible sin llegar a quebrarme ni un milímetro, como si conocieran exactamente hasta cuánto podía soportar ese atropello. Y noté

también, horrorizada, que no era la única lámina en esa cámara de suplicios. Pero los hombres y mujeres congregados en el recinto no me dieron tiempo a apenarme por las demás higueras que también habían sido desmembradas sin compasión de sus ramas más antiguas, porque, como si hubieran esperado a que cobrara la conciencia, enseguida me cubrieron con capas de un pegamento que habían extraído por la fuerza de los bulbos de unas orquídeas, algunas de las cuales conocía bien, pues habían crecido cerca de mi árbol.

Cada pincelada con que me iban untando con ese engrudo maloliente me cubría asimismo de congoja, pues con cada obscena lamida vejatoria me llegaba el llanto que había emanado de esas plantas de flores gráciles como el canto del ceniztle al ver sus suaves tallos redondeados ser salvajemente rebanados y al sentir luego —tal vez por los mismos seres que me habían arrancado de mi tronco— que eran desagotadas de todos sus nutrientes.

Un maltrato al que ya por entonces algunos pordioseros sometían a otras gentes —y seguirían sometiendo por los siglos de los siglos— consistía en extraer de sus dos manos estrechadas a unos hermanitos que paseaban por el llano o en arrancarle los hijos a una madre que les canturreaba unas nanas y los mecía en sus cunas, para luego entregar a esas criaturas a personajes influyentes que afirmaban a los cuatro vientos ser amantes de los niños y del núcleo familiar, pilar básico de la sociedad y de la

nación. Un maltrato opuesto me esperaba. Totalmente embadurnado, me adhirieron a los restos laminados de otra higuera. Unidas contra natura, pasamos, sin quererlo, a ser hermanas mellizas a la fuerza. Por este proceder, lo que los humanos buscaban era aumentar el grosor del papel, sin importarles que al mismo tiempo se engrosaba aún más la humillación que, en silencio, yo y la lámina a mí adosada estábamos sufriendo. En silencio: esa manera de sufrir que en muchos casos es señal de valentía o rebeldía, pero que en el nuestro era producto de la asfixia que nos causaba esa gelatina pegajosa asentándose en nuestros poros y de la impudicia de sentir que habíamos sido acopladas de por vida cada una a otro ser en un matrimonio forzado de higueras desolladas, cepilladas, asfixiadas, cocinadas, apaleadas y estiradas hasta casi el descuartizamiento. ¡Tanto dolor para ser convertidas en algo tan frágil y fugaz como un papel!

Nos encolaron nuevamente, pero solo en un extremo, por donde nos pegaron a otras dos hojas idénticas a nosotras, que tenían otras dos igualmente pegadas en la otra punta, y estas a su vez a otras dos más, y así hasta que me convertí en una tira de treinta y nueve láminas, un acordeón asordinado y sin botones, un biombo de más de tres metros de pedazos de cortezas de higueras injuriadas. Luego me midieron y me doblaron cada diez centímetros utilizando una varilla fría de madera de un árbol o un arbusto que no reconocí.

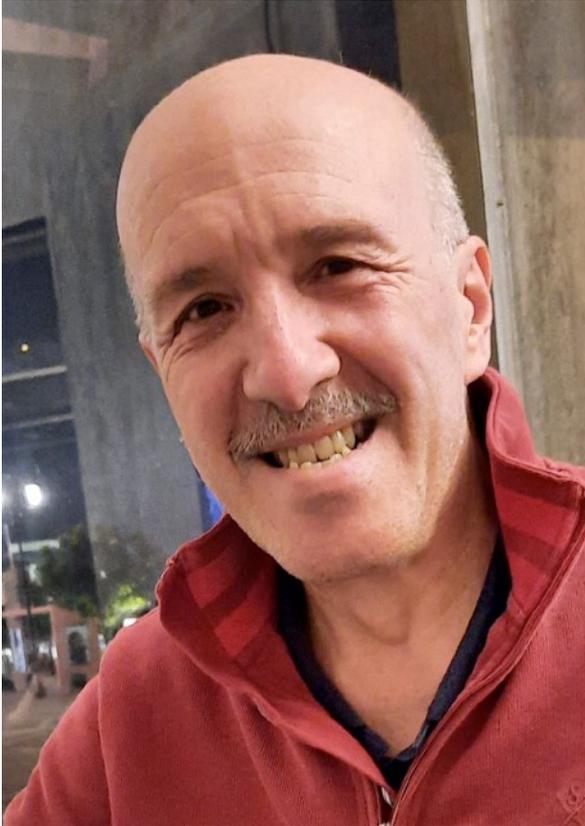
«Parece que se fueron. Han acabado», me dije, tratando de alegrarme. Pero no. Están aquí, como al acecho. Están esperando que la pasta alcance el punto de sequedad requerido. Ya está seca. Entonces traen un recipiente. Siento esa intriga dolorosa e incómoda que se experimenta al no poder anticiparse la clase de dolor que se sabe que va a recibirse. Levantan un pincel del que se desprende una mezcla de bicarbonato de calcio con la grasa de algún animal. El mejunje va cayendo lentamente de la punta, como con holgazanería. Y es entonces cuando una espuma parecida a la felicidad cruza por toda mi nueva extensión como la estela que dejan esas olas que se alejan de la arena más osada de una playa, porque, aunque grotesco, el espectáculo ya no me resultaba en absoluto tenebroso. Al contrario.

Es que yo sabía, los había visto. Yo, cuando era higuera, los había visto pasar con gran cuidado, con la misma diligencia con la que aquellos monjes portaron hasta Mantua el pedazo de la esponja que mojó con vinagre unos labios crucificados en un monte en Medio Oriente. Yo había visto pasar a huestes de seres humanos entre los frutos rojos de los árboles de ramón con láminas brillantes en sus brazos, acabadas con cuidado, para airearlas y así purificarlas, láminas que luego destinaron a algo igual depreciado, igual de venerable, igual de sacro que aquella esponja envinagrada y misteriosamente dulce. Yo había visto cómo, ante ese desfile reluciente, las boas se detenían a medio enrollar, los jaguares suspendían la persecución de los tamazantes

y los faisanes silenciaban por unos instantes su canto grave. Yo sabía, los había visto.

Por eso pude traducir esas gotas morosas y desprolijas de pasta grisácea cayendo de los pelos de conejo del pincel en una melodía dulce, como si esa punta peluda fuera una ocarina que anunciara la buena nueva de que pronto iban a cubrirme con varias manos de una especie de yeso, a estucarme y a pulirme con una piedra caliente hasta dejarme completamente lisa, impermeable y reluciente. La buena nueva de que pronto iba a estar en manos de hombres doctos, para enseñarles de Venus y los eclipses. De que pronto iba a preservar la memoria de mi cultura, a transmitir el sagrado conocimiento de la tradición. De que pronto el escriba real me cuidaría, de que los señores supremos o, tal vez, nada menos que el señor divino en persona, me consultarían para ayudarles a contar los días. De que pronto iban a alojarme entre tapas —no unas tablas revestidas de una pátina de cardenillo, sino de piel, del tegumento majestuoso que entregara un jaguar a la jauría—. De que pronto iban a pintarme y a hacerme nuevamente excelsa y bella. La buena nueva de que pronto iba a ser un códice.

Acerca del autor



José Luis Iparraguirre nació en Buenos Aires, Argentina, en 1963. Es profesor titular de economía y estadística en la Universidad Alemana Internacional de Ciencias Aplicadas en El Cairo, Egipto. Tiene un doctorado, cinco maestrías y tres diplomas de posgrado.

Apasionado por los mayas, ha escrito una novela que es un paseo por la historia, contado de una forma tan original como apasionante.